



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A SANTO DOMINGO

SANTA MISA PARA LOS ALUMNOS DEL SEMINARIO MAYOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Martes 13 de octubre de 1992

Queridos seminaristas:

Siento un gran gozo al estar con vosotros en este seminario, centro de formación sacerdotal, corazón que alienta la religiosidad de esta Arquidiócesis y de toda la República. Todos vosotros os preparáis al sacerdocio y queréis identificaros con el Evangelio de Jesús y con el misterio de su Iglesia, para ser signos visibles del Buen Pastor, “ungido y enviado” (*Lc 4, 18*), dispuestos a entregar vuestras vidas al servicio de los hombres vuestros hermanos. En el seguimiento sacerdotal de Cristo habéis oído la llamada a hacer presente la obra salvífica del Redentor, como signos del amor de Dios a toda la humanidad. “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (*Hb 5, 6*).

El Concilio Vaticano II no duda en afirmar que “los Seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal” (*Optatam totius*, 4), porque el ambiente de piedad, de seriedad litúrgica y personal, de estudio, de disciplina, de convivencia fraterna y de iniciación pastoral que debe caracterizar al seminario, es el modo más apto para la preparación al sacerdocio (cf. *ibíd.*). Considerad, pues, el seminario como vuestro propio y específico hogar, y como la primera escuela de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

En la lectura del Evangelio de san Lucas que ha sido proclamada se nos narra la vocación del apóstol Pedro y sus compañeros, que tras la pesca milagrosa, dejaron todo para seguir al Maestro. Ellos oyeron la llamada de Cristo y se convirtieron en pescadores de hombres. También vosotros, queridos seminaristas, habéis oído el “sígueme” de Jesús, el cual tiene un doble

aspecto indiviso y a la vez complementario: *encuentro* con Cristo y *misión*. Uno y otro aspecto se postulan e integran mutuamente. En efecto, la vocación se nos presenta como un *don de Dios*, y se ha de responder a ella asumiendo también todas sus exigencias de entrega al seguimiento de Cristo y a la acción evangelizadora. Es así como se expresa el afecto de Cristo “a los suyos” (*Jn* 13, 1), como vocación, que es declaración de amor; y sólo en pos de este amor se comprenden perfectamente los dos aspectos complementarios entre sí de la vocación: “Llamando a los que quiso, vinieron a Él, y designó a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”, nos dice el evangelista Marcos (*Mc* 3, 13-14).

El seguimiento de Cristo os vincula indisolublemente a Él, no sólo para participar en su ser o en su “unción”, sino también para prolongar su “misión” y para adentraros en su amor redentor. ¡Cómo no recordar la escena conmovedora del lago, cuando Pedro y sus compañeros dejan en la orilla las redes y la barca y siguen a Jesús que los había mirado en lo profundo de sus almas! Vosotros, queridos seminaristas, también sentisteis un día la llamada de Jesús que os invitaba a seguirle. Sabéis muy bien que, con la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada, habéis sido llamados a correr la suerte de Cristo, a “beber el cáliz” (*Ibíd.*, 10, 38), a compartir la vida con Él. Esta llamada no sólo os sostiene y os prepara para las dificultades, según las palabras del Señor: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en las pruebas” (*Lc* 22, 28), sino que conlleva además una gozosa participación en la amistad de Cristo: “Vosotros sois mis amigos” (*Jn* 15, 14). En la vivencia de esta amistad consiste precisamente el secreto de la misión: “Vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio” (*Ibíd.*, 15, 27).

A la luz de las palabras de Jesús a Pedro: “No tengas miedo, desde ahora serás pescador de hombres” (*Lc* 5, 10), podemos enfocar correctamente los acontecimientos y las preocupaciones de nuestra vida. Os puedo asegurar, amados seminaristas, que mi corazón vive día a día vuestras inquietudes espirituales y vuestros afanes apostólicos. ¡Cómo no pensar en la necesidad y urgencia de numerosas y selectas vocaciones! ¡Cómo no acompañaros en vuestros deseos de una más auténtica vivencia del sacerdocio como signo personal y comunitario de Cristo Sacerdote y Buen Pastor!

Antes de terminar, deseo alentaros nuevamente a continuar con generosa entrega el camino de vuestra preparación al sacerdocio y a la vida consagrada. Dedicaros intensamente a vuestra formación espiritual, teológica, pastoral, humana. En la Exhortación Apostólica “*Pastores Dabo Vobis*” podréis encontrar preciosas orientaciones a este respecto.

Que María, la cual dedicó su vida al crecimiento y a la formación de Jesús (cf. *ibíd.*, 2, 51-52), sea vuestra protectora en todo momento. En este día, en que celebramos el 75 Aniversario de la aparición de Nuestra Señora de Fátima, os encomiendo a su amor maternal.

Con estos fervientes deseos bendigo de todo corazón a vosotros, queridos seminaristas, así como a vuestros profesores y formadores, que con generosa entrega dedican lo mejor de sí a la

preparación de los santos y sabios sacerdotes que la Iglesia necesita.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana